

## FERNANDO QUIÑONES Y EL MODELO DE «CRÓNICA POÉTICA»

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA  
Universidad de Murcia

### RESUMEN

Analiza el presente trabajo la obra poética de Fernando Quiñones y en particular el modelo de «crónica poética», colecciones de poemas extensos en torno a un ámbito de civilización geográfico-cultural con una historia común. Junto al impulso lírico propio de la poesía contienen mucho de narración, de poesía narrada a la manera de la épica o de los cantares de gesta, con presencia de la historia, sobre una base erudita, casi ensayística.

**Palabras claves:** Fernando Quiñones, poesía, crónica poética, épica.

### ABSTRACT

This paper analyses Fernando Quiñones' poetic work and, in particular, the model of «poetic chronicle», collections of large poems about a section of a geographic-cultural civilization with a common history. With the usual lyrical impulse of poetry, they contain great amount of narration, poetry read in an epic manner or as in the *cantares de gesta*, with the presence of history, on a cultivated almost essayistic base.

**Key words:** Fernando Quiñones, poetry, poetic chronicle, epic.

Fernando Quiñones (Chiclana de la Frontera, 1930-Cádiz, 1998) dejó terminada antes de morir una de las obras poéticas más sólidas y compactas de la actual lírica española<sup>1</sup>, y no sólo aludo a su obra en conjunto, sino, en este caso concreto, a su serie poética titulada *Las Crónicas*, comenzada en 1968. Su primer libro de poemas se tituló *Ascanio o libro de las flores* y fue publicado en Málaga, en 1957, y ese mismo año obtendría

---

<sup>1</sup> Para tener cuenta detallada de todas las referencias bibliográficas y del lugar desde donde se citan los textos en este trabajo, es imprescindible consultar QUIÑONES Fernando, *Cien poemas*, edición, selección y prólogo de Carlos MARZAL, Madrid, Hiperión, 1977, en el que Joaquín TERÁN, en su «Bibliografía poética de Fernando Quiñones», lleva a cabo completa recopilación bibliográfica en torno al poeta y su obra. Esta bibliografía se publica, tras una «Bibliohemerografía de las *Crónicas*» en el otro volumen básico utilizado para este trabajo, QUIÑONES, Fernando, *Libro de las Crónicas*, estudio preliminar de Fanny RUBIO, Barcelona, Hiperión-Oba, 1998.

el prestigioso Premio Adonais, con el libro *Cercanía de la gracia*, publicado en Madrid en la colección del premio. A estos dos libros, seguiría, ya en 1963 el titulado *Retratos violentos*, publicado en Arcos de la Frontera, y en 1964 *En vida*, publicado en Madrid. Tales libros se consideran la primera etapa o la primera época de Fernando Quiñones. Por ejemplo, en la *Antología* que preparó en 1997 Carlos Marzal para la editorial Hiperión, están considerados estos tres libros, escasamente representados en la selección pues son pocos los poemas escogidos, la «Primera época». Es interesante la situación que se refleja en esta antología precisamente, pues en su confección participó el propio Fernando Quiñones, que es quien determina que existan estas dos épocas en el libro: «ello responde al carácter de la obra de Fernando Quiñones, que cobra su voz más propia a partir de *Las Crónicas de Mar y Tierra*, las cuales inician, además, un ciclo poético todavía abierto» Por su parte, Eugenio Cobo, en un homenaje tributado por la revista *La Estafeta Literaria*, tras la desaparición del poeta, asegura que «los tres primeros libros de Fernando Quiñones forman una primera etapa en deuda con el andalucismo de Rafael Alberti, con gran dosis de brillo verbal, y es a partir de *En vida* donde se marca el comienzo de lo que será su obra. Ya con *Las Crónicas de mar y tierra*, la poesía de Quiñones se distancia no sólo de sí misma sino de la poesía española del momento, haciendo una apuesta arriesgada, pero fructífera, lo que da lugar a una de las voces más personales, con un sello muy característico»<sup>2</sup>.

Aceptando tan acertadas conclusiones, vamos a referirnos brevemente a algunas de las notas definitorias de los primeros libros, justamente aquellas que anticipan al gran poeta que surgirá a partir de 1968, para dedicarnos después *in extenso* al mundo cronístico-poético del gran escritor gaditano.

Se advierte en el primer libro, *Ascanio o el libro de las flores*, el gusto por los viajes, la presencia de la tradición culta literaria española y un no oculto gusto por el verso libre y amplio distendido en extensos poemas. En la antología a que nos referimos, figura un bello poema romano, anticipo sin duda de la multiplicidad de escenarios que va a constituir la gran poesía de Quiñones, que reproducimos. Su título es «Jaramago en la Vía Appia», y lleva un lugar y una fecha: «Roma, junio 1955»:

Te empuja un fragor de manos  
hondas y tranquilas, de  
tanto labio como fue  
muerte y nada más. Vilanos  
al contrasol de las nueve  
decoran tu gualda breve,

<sup>2</sup> COBO, Eugenio, «La poesía de Fernando Quiñones», *La Estafeta Literaria*, 7-8, 1999, p. 7.

cineral pétalo triste.  
 El mármol mudo. ¿Murió  
 el Tiempo? Cuéntamelo,  
 ¡háblame de lo que viste!

El poeta José Hierro, que escribió un interesante texto para el primer libro de *Crónicas* de Fernando Quiñones, el ya citado *Las Crónicas de Mar y Tierra* ya destacó que en este primer libro del poeta gaditano hay una composición que avisa ya de lo que será su segunda época y el mundo cronístico que la forman. El poema es «El veloz», y figura en la *Antología de Cien poemas* por ser un texto muy significativo, como también ha señalado Fanny Rubio, al considerarlo un antecedente de la forma de hacer las *Crónicas*. Hay que destacar en primer lugar que el poema sobresale entre los del libro por su extensión, tanto por su número de versos como por el verso libre utilizado especialmente largo y extenso al mismo tiempo. Verso distendido, sintaxis especialmente construida para la distensión versal, y presencia de lugares muy diversos evocadores de mundos sugerentes: Vicenza, Padua, Milán, Pavía, Génova.

Como muy bien comentó Hierro, «en él el verso se expande y flexibiliza, haciéndose más rítmico y menos cantarín. La vida entra y sale por sus líneas en forma de nombres de ciudades o de músicos, de una lengua más hablada que escrita de sentimientos que pertenecen más al hombre que al poeta profesional; de un tono que deja «el porrazo del consonante» para narrar con aparente naturalidad. Es evidente que a ello le ayuda no poco, como a buena parte —la mejor— de la poesía actual, el ejemplo de Cernuda.» Es impresionante, sin duda, el arranque de este poema que inaugura una manera de hacer poesía desconocida en nuestras letras peninsulares en ese momento y que será la que luego adopte Quiñones para sus *Crónicas*:

Tenso, dispuesto sobre el mundo inerme  
 igual que las varillas de un paraguas  
 disimulando entre las líneas  
 de la esperanza y el gasoil  
 alto y vivaz múltiple moviéndote  
 en los espejos  
 por los campos  
 en las carpetas de los mercaderes  
 como  
 una callada rosa de oro y suero  
 que creciera abarcando el mar  
 vacilando por las calles anegadas  
 por moradas esquinas de ponientes de puerto  
 y aletas también tuyas  
 guarnecido de hojas por parques caídos en la luz  
 donde los niños se persiguen  
 o deslizado bajo las almohadas

como una carta imprevista y total  
 así estás tú gavilán de alas fulvas  
 ardiente borde oscuro de todo lo creado  
 así te he visto y te llevaba,  
 sanguinario secreto de las horas  
 amo del mundo  
 y de su melancólica alegría.

En 1957, *Cercanía de la gracia*, nos mostrará nuevas facetas de gran interés en el poeta. Un poema de este libro, titulado «No podemos», recoge su poética en este momento, y es de gran interés volver sobre sus versos para analizar su pensamiento literario. «Si escribimos dejamos / heridas las palabras / desangrándose juntas / como por una espada / de tristeza...». Estamos ante una poética y también ante un canto a la imposibilidad de la expresión poética ante lo inefable. Las palabras no son capaces de dar la maravillada voz de la vida y se muestran inútiles ante su expresión. ¿Qué hacer entonces? Los dos versos finales, lo resumen y concluyen: «Voy a hacer una hoguera con todas las palabras».

Para darnos idea del pensamiento poético de Quiñones en este momento, hay un poema muy significativo, titulado «El despedido», que aparece dedicado a Luis Cernuda. Estamos ante un poeta reflexionando sobre uno de sus maestros, un maestro especial que fue además excelente poeta, pero sobre todo persona exigente con los demás y consigo mismo: un modelo de comportamiento y de vida, ante la diferencia o el despecho de los demás:

Quien lo cifrara todo en el encanto  
 de la pureza oyó a la muerte un día.  
 Por la luz, en los cuerpos, las corolas  
 de la muerte volaban su ademán,  
 su historia tácita y antigua;  
 era como un reflejo clareando  
 en lo escondido de las flores, ya  
 oscura en el relámpago de un beso,  
 en los colmados vértices de abril.

En el poema y a través de él, y de su breve serie de magistrales endecasílabos blancos (con algún eneasílabo), trata de captar sobre impresiones el carácter y la figura de Cernuda, y, lo que es más, su propio destino que el poeta contemporáneo comparte: el poeta lo cifra todo en el «encanto de la pureza», pero encontró a la muerte (así, con preposición, personificada). Ante la muerte, hay reflexión sobre lo que es caduco: «Perdido para siempre» era asumido, sin embargo, por la sombra. No habrá sueño posible. Con todas estas palabras condensa lo que es el pensamiento poético de Cernuda, que nuestro autor parece compartir en este momento sin duda, por lo menos en expresión de solidaridad, enfrentamiento entre realidad y deseo, entre sueño y verdad, entre resplandor y sombra. Desen-

canto en definitiva que ofrece esta imagen del poeta admirado y compartido, sin duda alguna.

Y se escuchó las manos y los límites  
de la materia hermosa, su honda y única ley,  
y se sintió morir con la caduca  
gracia de cuanto existe. Todavía  
le aseguraba el corazón: «No es tarde.  
Hazme sobrevivir y la he vencido.»

Si reflexionamos sobre la situación histórica, real, de que este poema está incluido en el libro de Adonais, en 1957, notaremos cuán significativa es esta devoción hacia un poeta y esta solidaridad con su forma de pensar, con su estilo, con su forma de ver el mundo:

Mas no lo pudo oír porque ya estaba  
perdido para siempre de pavor y deseos,  
prisionero de amor y encono juntos  
para mientras viviese. Desmedido  
hijo del resplandor, la sombra lo asumía.  
Ya no pudo seguir soñando.  
Sonaba el viento por las vides nuevas.

En *Retratos violentos*, de muy poco tiempo después, de 1963, encontramos otro poema muy representativo del pensamiento poético de nuestro autor. El maestro ahora es Rafael Alberti, ya que el «retrato» se ocupa de este poeta. Es un poema fechado, sin embargo, mucho antes, en 1949 y en Cádiz.

De distinto tono es este poema, titulado justamente «Rafael Alberti». En él, frente al dirigido a Luis Cernuda, es el paisaje —marinero y gaditano— el que predomina sobre cualquier otra consideración, aunque estas puedan ser tan representativas como el exilio, el destierro, el desarraigo, el olvido...

Por los rotos cristales de cualquier alba crema  
volverás, caballero de un viento conmovido,  
con todo el peso enorme de tus ojos del fondo  
y dos verdes maletas de versos y pescados.

Tal vez, indiano rubio, no te conozca nadie.  
No habrá un aire de espera ni un mirar a lo lejos,  
pero el collar del agua se rizará de un golpe  
mientras altos veleros restallan sus amarras.

El poema, de 1949 como decimos, imagina un regreso imposible del gran poeta de *Marinero en tierra*, a su patria y a su pueblo, a su tierra y a su mar, anhelo de reencuentro que atraviesa estos serventesios alejandrinos

blancos con tono épico y no oculta imitación de los mitos más establecidos del poeta marinero.

Ay de tu vuelta a sorbos, nostalgando los mares  
con el contorno madre de tu presencia antigua.  
Y qué temblor de nieves, qué gozo derramado  
por las costas en vilo de Cádiz a Sanlúcar.

Pero, en definitiva, la conclusión es pura imagen que reitera el anhelo de lo imposible a que nos hemos referido, mientras se evoca la naturaleza y el paisaje ya familiares: resoles, campanas, riberas, algas, río, brisas, salinas...

Ciérrase esta serie de libros con el poemario *En vida*, escrito entre 1964 y 1974 y en el que empieza a anunciarse una poética nueva que desarrollará en los libros siguientes. Un ejemplo del cambio que se produce lo hallamos en el poema «No quieras del mundo ayuda», en el que se introduce en un tipo de poesía reflexiva no exenta de ironía:

No quieras del mundo ayuda  
porque él no la da, la pide  
y eres tú quien debe dársela.  
Perdona a todo. No puede  
con todas las esperanzas  
tuyas, que tú le inventaste.  
Cuanto nació lucha solo  
por durar y lo suplica  
débilmente, tenazmente.  
No preguntes.  
Invéntales la verdad  
que esperabas y que no  
han podido ni ya pueden  
darte: tú tienes que hacerlo.

Estamos ante una poesía moral que intenta la explicación del mundo y la búsqueda de la verdad. Se trata de una poesía gnómica, de consejo, escrita con un claro trasfondo de escéptica ironía. La poesía de Quiñones, en los restantes poemas de este libro, refleja nuevas metas, intenciones diferentes a la poesía inicial más regular, más sujeta a los cánones establecidos en la poesía de los años en que se publica y muy pendiente de los maestros estelares que rigieron el pensamiento poético y constituyeron el camino que muchos siguieron. Pero ya en este libro *En vida*, Quiñones se distancia sensiblemente e inicia un claro camino de independencia que culmina en su originalísima segunda época que intentaremos sintetizar a pesar de lo extenso, amplio y variado del mundo poético que ahora se inaugura.

A finales de 1998, la editorial Hiperión reunió en un solo volumen, lujosamente presentado, todos los poemarios de la serie de las *Crónicas*,

que tituló *Libro de las Crónicas*. El libro se editó con un estudio preliminar de Fanny Rubio, un prólogo de José Hierro y una bibliohemerografía de Joaquín Terán. En la portada misma del volumen como subtítulo se indican las partes de que se compone la obra, y que son las siguientes con indicación de la fecha de producción:

- Las Crónicas de Mar y Tierra (1968)*
- Las Crónicas de Al-Andalus (1970)*
- Las Crónicas Americanas (1973)*
- Las Crónicas del 40 (1976)*
- Las Crónicas Inglesas (1980)*
- Las Crónicas de Hispania (1985)*
- Las Crónicas de Castilla (1989)*
- Las Crónicas del Yemen (1994)*
- Las Crónicas Yugoslavas (1997)*
- Las Crónicas de Rosemont (1998)*

Todas ellas corresponden a libros del mismo título, publicados en la fecha que se ha indicado. Pero el volumen recopilado por Fanny Rubio incluye algunos libros más de Fernando Quiñones, que en realidad, completan su obra poética de la segunda época. Estos libros, tal como aparecen en la recopilación son *Ben Jaqan*, que queda situado tras *Las Crónicas de Al-Andalus*; y *Vuelta de Al-Andalus*, a continuación del anterior.

Fernando Quiñones publicó además, en su segunda época, libros importantes y algunos verdaderamente curiosos, que no se recopilan en este volumen de *Crónicas*, entre ellos *Muro de las hetairas*. También llamado *Fruto de afición tanta o Libro de las putas*, que aparece en 1981.

Interesa antes de nada intentar explicar y resumir el significado de esta poesía cronística que Fernando Quiñones inventa en 1968 y que dará tantos y tan buenos resultados a lo largo de los años. Una importante bibliografía temprana o primaria se ha ocupado de las *Crónicas*, que han sido valoradas y reseñadas con puntualidad, conforme han ido saliendo los diferentes libros a lo largo de los años. Pero es el conjunto el que nos permite trazar unos rasgos que definen el mundo y el sentido de esta especialidad poética, que ha estudiado con detenimiento Fanny Rubio en el prólogo a la edición total de las *Crónicas* quiñonianas. Se trata de colecciones de poemas extensos en torno a un ámbito de civilización geográfico-cultural con una historia común. Los poemas, genéricamente, son de difícil clasificación y se ha señalado en ellos que junto al impulso lírico propio de la poesía contienen mucho de narración, de poesía narrada a la manera de la poesía épica o de los cantares de gesta. Se advierte en ellos también la presencia de la historia, sobre una base erudita, casi ensayística. Como advertimos la mixtificación es patente y la complejidad a la hora de hacer

una clasificación genérica es muy evidente. Hay un aspecto muy curioso, sorprendente y llamativo en estas colecciones de poemas y justamente es la presencia de notas eruditas a algunos de los poemas. Llama poderosamente la atención que algo que nos parece ficción o evocación poética, está basado en una realidad histórica que queda documentada. Es decir son poemas realizados con una base documental, como si fueran libros de historia, con notas eruditas y todo.

Sorprende también el ámbito escogido en cada caso que puede lugar a interpretaciones diversas de una realidad geográfica, de una vivencia histórica pero también de una presencia personal en ese ámbito, lo que produce una identidad con un mundo remoto o próximo, exótico o cotidiano, pero un mundo con el que el poeta se siente identificado. Porque desde luego el tono lírico, el subjetivismo nunca se pierde. Se trata de una poesía, entonces, culturalista, pero muy distinta del culturalismo habitual. Fanny Rubio ha relacionado este mundo con el Arcipreste de Hita, con el mundo de Berceo, con Passolini: «Todo el poema se transforma en leyenda con la que el escritor establece un vínculo de revivencia. En ocasiones puede ser un suceso vivido, un sonido o un objeto que son reproducidos y transmitidos en texto. Los fragmentos, que remiten siempre a lugares señalados por la distancia, glosan un «estribillo» a la manera de los villancicos castellanos, o simplemente actúan como «collage» de materiales de derribo procedentes de distintas tradiciones que se concilian una vez han sido reelaborados a la manera *postmoderna* con intención de darles un equilibrio nuevo, otra vida posible en la escritura, y, por ella, multiplicable significación».

De sólo dos extensos poemas se componen *Las crónicas de Mar y Tierra*, que fueron prologadas por José Hierro, quien ya advirtió a través de esos solo dos poemas las que habrían de ser las características del género creado por Quiñones, tal como ya hemos señalado. Los poemas son «Del atalayero» y «De las dos ciudades». El primero, representante del mar es la historia de un ballenero extraída de un trabajo sobre los balleneros asturianos y con utilización de relatos anónimos sobre este menester marinerio. La otra se refiere a aspectos históricos de las ciudades de Jerez y de Córdoba extraídos de un libro histórico citado en la oportuna nota. José Hierro hacía valoración del invento y cómo éste quedaba convertido en poesía: «Un texto antiguo, expreso en los poemas, actúa como desencadenador de la emoción del poeta. Igualmente pudo haberse tratado de un suceso vivido, un sonido, un objeto. Con los fragmentos de las *Crónicas* históricas y su tratamiento original, el poeta reproduce y transmite la emoción. No es preciso siquiera —esto pertenecería al culturalismo— que el lector conozca aquello que de los textos no cita el poeta, para empaparse del espíritu del poema.»

En realidad, estos dos poemas, los que componen esta primera serie de *Crónicas*, son dos historias revividas por el poeta desde un presente que



quiere rescatar su sentido y su emoción. Si en la primera es un atalayero de Gijón de siglos pasados, cuya función solitaria era avistar desde su atalaya las ballenas y avisar desde allí a los pescadores, en la segunda son episodios de relación entre Jerez y Córdoba entre los siglos XV y XVI. Las notas eruditas que figuran al final del poemario nos han informado de la verdad de esos hechos y el lugar donde tales sucesos han sido extraídos. Pero lo más valioso es que en este primer libro lo que Quiñones ha conseguido ha sido introducirse el mismo en la historia y contemplarla directamente pie a tierra, inmiscuirse en ella y compadecerse de sus protagonistas, en el sentido más etimológico de la palabra. Vivir los hechos como si realmente los hubiera vivido. Asistir a ellos y expresar sentimientos y emociones mientras los sucesos transcurren.

No siguió Quiñones por este camino en los siguientes libros y fue en cada ocasión perfeccionado la fórmula y otorgándole nuevos matices de riquísima expresividad, aunque algo permaneció a lo largo de los libros siguientes: la conjunción indisoluble entre poesía e historia, ficción y realidad, tiempo presente y tiempo pasado, leyenda, imaginación y documentos, personajes reales, protagonistas de la historia, que reviven en este retablo de las maravillas, infinito y diverso. Y sobre todo cambiaron los escenarios, los espacios de la imaginación poética, aunque Andalucía permaneció como lugar común revisitado en diferentes ocasiones, ambientado en diferentes épocas. Así, *Las Crónicas de Al-Andalus* (1970) es un regreso a la Andalucía medieval previa a la conquista, la Andalucía hispano-árabe de jarchas, moasajas y zéjeles, de poetas y de poemas de amor, de palacios y jardines, recreada en las crónicas y en los documentos de los investigadores hispano-árabes como cuidadosamente se asegura en las notas al final, donde no sólo se facilitan datos concretos sino que se da, como asegura el propio Quiñones, guías más rudimentarias para lectores no iniciados o que quieran iniciarse en el mundo hispano-árabe.

Desde el punto de vista formal y estructural también ha de advertirse un importante cambio, porque frente a los poemas de la primera serie que en realidad eran historias muy extensas en verso, poemas de más de diez páginas, divididos en capítulos, en este caso el libro está compuesto de poemas breves, algunos meras traducciones de originales hispano-árabes, en los que se mezclan vivencias, recuerdos, evocaciones y curiosas actualizaciones llenas de interés y novedad. Además, este libro como sabemos, tiene dos continuaciones, *Ben Jaqan* y *Vueltas de Al-Andalus*, que extienden extraordinariamente este mosaico, en total compuesto por casi un centenar de poemas.

Muy diferentes son *Las Crónicas Americanas* (1973), poemario formado únicamente de dos textos muy extensos, que en realidad son dos visiones poéticas ambientadas en Argentina, con fondo de tango, y en Nicaragua, con fondo de revolución, y un breve poema final, escrito en el

Aeropuerto Kennedy de Nueva York, con título de Francisco Brines y versos de Santa Teresa de Jesús.

*Las Crónicas del 40* (1976) supone un nuevo mundo y un nuevo escenario protagonizado absolutamente por el flamenco y sus intérpretes. Nuevamente, vuelve a hacerse presente Andalucía. Ambiente, música, letra, espacios para la queja y para el dolor, músicas variopintas y alegres unas, tristes otras, construyen todo un mundo como si fuese otro gran mosaico, que queda nuevamente anotado y documentado en las ineludibles e imprescindibles notas final de libro, que se ha cerrado previamente con dos poemas dedicados a Rafael Alberti.

La poesía cronística de Fernando Quiñones escrita en los ochenta experimenta nuevas y muy valiosas variaciones tanto de escenarios como de formas y estructuras poéticas. Se inicia con *Las Crónicas Inglesas* (1980), que es un libro diferente a los anteriores en el que los motivos ingleses presiden todo el conjunto, desde Shakespeare a Marlowe o Ezra Pound, entre los escritores evocados; desde Charing Cross a Dover entre los lugares; desde Robin Hood a James Cook o John Donne, saqueador de Cádiz en 1631, en tres los personajes más o menos míticos o legendarios.

Quiñones ofrece en esta ocasión, además de las ya imprescindibles notas «eruditas», un pequeño prólogo muy irónico y divertido en el que justifica su atracción por Inglaterra no exclusivamente surgida a través de los libros y de los viajes, sino un poco a través del espíritu, que le seduce, a pesar de haber ausencias tan sentidas por él como las de Blake, Keats, Eliot o Dylan Thomas, quienes no quisieron acudir a estas *Crónicas*, a pesar de haber sido llamados o convocados por Fernando Quiñones. Y en este mismo sentido de innovación, sobresalen *Las Crónicas de Hispania* (1985), que responden a una visión, también muy personal y entusiasta, de la España romana. Andalucía vuelve a tener un nuevo protagonismo: Cádiz, Córdoba, Huelva, los emperadores andaluces Adriano y Trajano. La vivencia del mágico mundo de la Roma clásica, sorprendida, como ya es costumbre, en personajes históricos y legendarios, construye un nuevo mosaico, en este caso un mosaico romano, de excelencia personal.

Caso aparte pueden constituir *Las Crónicas de Castilla* (1989), ya que suponen no sólo el mismo alarde de escenificación variopinta, sino que constituyen un elogio implícito a la lengua común, descubierta en sus mismísimos orígenes. Los personajes de la Edad Media castellana, El Cid, Berceo, Manrique, los héroes de nuestro Siglo de Oro se convierten ahora en referencias de un espíritu común que al poeta entusiasma, atrae o seduce por su especial relevancia. El poema que cierra el conjunto, dedicado a Manuel Alvar, «Alegría de la escritura» es posiblemente el más emotivo de los poemas dedicados a nuestra lengua que jamás se haya escrito. Junto a Berceo comparecen escritores de todos los tiempos y los poetas del 27 con su palabra preferida: Gerardo Diego, *azulejo*; Jorge Guillén, *Grazalema*;

Federico García Lorca, *surubí*; Rafael Alberti: *japuta*. El mejor poema de la colección posiblemente sea, en todo caso, el dedicado al Cid, en su infancia, que justifica bien los procesos de desmitificación que contienen todas estas *Crónicas* y se expresan claramente en poemas como éste, titulado «Ruy junto al Ubierna»:

¡Sí: váyase al río de Ubierna los molinos a picar  
y a cobrar maquilas como las suele cobrar!

Los molinos se fueron  
las mieses siguen.  
Mil fanegas de trigo  
media de mimbres.

Y en el cauce estrecho del Ubierna  
sequerón en lo oscuro desde donde nos mira  
tal vez el niño Ruy. Creció aquí, puede ser  
que no se haya marchado todavía del todo, que  
de algún modo nos mire por las sombras de afuera.  
*¿Quién daría sus hijas con los de Carrión casar?*

Los molinos se fueron y se vinieron altos bloques grises  
sino es que también esto es Burgos mismo ya.  
No cabe cabalgada.

No darían tiempo los motores entre Vivar y El Espolón  
burgalés a que Ruy al salir lo hiciera con buen pie,  
el pájaro agorero del lado favorable  
—ovieron la corneja diestra—  
para torcérselo todo luego  
malamente según se le torció  
cuando *ed entrando a Burgos oviéronla siniestra*.

En el bar de Vivar  
nos ensordece y quita la palabra  
el Gran Domingo Televisionero OK  
pero fuera en lo oscuro ¿nos mira todavía  
ese niño, lo ves, lo sientes por ahí, por algún lado  
de la ribera? Muerto y vivo.  
Chico y mayor. Entre el viento austero  
y el negror ya macizo, cuánto, cuánto frío de golpe.

Nos mira acaso y quiere defendernos  
otra vez. Algún día. Apenas llegue a mozo  
y aunque esto no es frontera ya  
ni los vascos de Sancho tratarán de asaltarla:  
de otros lances defiéndannos ahora  
el chico y su buen padre Diego Láñez  
*¡Cuán lidia bien sobre exorado arzón!*  
*¡Venga Ruy, al ladrón*  
de casa y al de fuera! *Los malos mestureros.*  
Válganos otra vez Señor tu mesnada y tu mano  
puesto que en buena hora ceñiste espada

y  
*devos Dios malas gracias, ay norteamericano*  
 que nos andas royendo alma y solar.

*¡Quién nos daría nuevas de Mío Cid el de Vivar!*

Las colecciones publicadas en los noventa se caracterizan por su exotismo, pero desde luego por su actualidad. Mundos remotos que son desconocidos para el común de los mortales y que no están al alcance de todos los españoles, se convierte por obra de la actualidad informativa y de los reveses bélicos del fin de siglo en lugares familiares. Y es lo que ocurre con Yemen o Yugoslavia, que serán los protagonistas totales de los poemas de *Las Crónicas del Yemen* (1994) y de *Las Crónicas Yugoslavas* (1997), con regreso en el primero de los casos al mundo musulmán, recreado ahora en tiempo presente y actual aunque en lugar remoto y exótico: Yemen. Como hemos adelantado, de las *Crónicas* aparecidas en los noventa, con mucho la mejor serie es la recogida en el último de los libros publicados, poco antes de morir el poeta, y que obtuvo el Premio Gil de Biedma. Su título: *Las Crónicas de Rosemont* (1998), aunque alguna vez había sido titulado, cuando tan sólo era un proyecto, *Las Crónicas de Norteamérica*.

Norteamérica, Estados Unidos, Filadelfia, Nueva York, Canadá, son pasos de una historia de viajes, de una historia de tipos y de gentes extraídos de la realidad cotidiana, pero también extraídos de la imaginación del poeta, de su capacidad de perceptor, y de la propia historia norteamericana, tan apasionante. El sentido de «crónica» que adquiere la poesía de Fernando Quiñones, tiene en este libro una etapa más, que renueva, como había hecho en las entregas anteriores, el propio género inventado por el poeta gaditano.

Lugar —América del Norte— y tiempo: estas son las coordenadas sentimentales en que esta poesía cronística se mueve, y que nos devuelve el análisis de un mundo lejano para un presente de hoy: recuerdo en este momento *Cuaderno de Nueva York*, de José Hierro, con el que este libro de Quiñones tiene un parentesco espiritual, digamos que de temperatura, absolutamente claro. Nada que ver con Juan Ramón Jiménez, con Federico García Lorca. Quiñones es un cronista de un ambiente, mientras unos textos leídos hacen vivir sentimientos: este es el difícil y tan original culturalismo que nuestro poeta acuñó. Invito a leer estos versos a muchos jóvenes poetas que no encuentran camino, o que el camino que encuentran es el de siempre. No para que imiten a Fernando Quiñones, sino para que vean qué original se puede llegar a ser cuando se tiene algo que decir, y cuando ese algo que decir interesa a un posible lector.

Quiero referirme a las maravillas de eso que los estructuralistas llaman la intertextualidad en manos de Fernando Quiñones. Emily Dickinson,

William Faulkner, Walt Whitman, Ernest Hemingway, *Historias de Filadelfia*, la Hepburn, Stewart o Cary Grant, constituyen documentos de una cultura para la recreación poética entre entusiasta e irónica, entre emocionada y sarcástica, que se convierte en poesía y en vida. Vida y poesía que alumbran también las escenas de la vida cotidiana de los «cámpuses» norteamericanos, Penn, Vermont, Nueva York, Bryn Mawr, Ottawa, y tantos otros templos de la cultura evocados en distante y escéptica crónica, poblada de bellas muchachas, de sesudas profesoras, de gratos compañeros de viaje.

Pero de todo el conjunto es Nueva York, con su atractivo, con su grandeza insólita e irrepetible, el que, una vez más en la poesía española de nuestro siglo, comparece con sus calles y sueños, con sus avenidas y tipos, con sus rincones míticos, desarrollando sensaciones diferentes que en Fernando Quiñones, como en José Hierro, no son de rechazo sino de admiración entrañada no exenta de una cierta ironía escéptica que estas cónicas exhalan por todas partes y completan su gran obra de mundos y seres, peregrinos y diversos, que constituye uno de los mosaicos más ricos y originales de la poesía de nuestro tiempo. Un buen ejemplo de esta nueva visión de la ciudad, tan personal, puede ser uno de los poemas que reviven un pasaje menos conocido de la ciudad de Nueva York, «Sainte Catherine»:

Corta y también en cuesta hasta dar en el río,  
 Sainte Catherine es donde para ti  
 termina Chinatown. El puente de Brooklyn  
 enseña desde abajo sus nervaduras sucias  
 y junto a las chabolas pesqueras de par en par, el hielo  
 de la cajas se escurre o te restalla  
 de nuevo bajo los tacones como en el muelle de tu juventud.  
 Entre los que conoces, otros pescadores que no viste nunca  
 saben la breve cuesta de Sainte Catherine, copan  
 las cercanas pescaderías seguro que el maldito chino  
 cuyo triste y oscuro comedor te envició  
 hasta hacerte bajar a diario a esta calle  
 aun desde el norte de Manhattan,  
 desliza en esas sopas que te pone  
 alguno de estos breves pescados inquietantes,  
 un tanto monstruosos en pequeño  
 por los que ni sabrías ni podrías preguntarle jamás  
 pero cuy sospecha te fascina en tu plato  
 con un temor gustoso, casi como  
 el que transmite la sombría  
 soledad, rota sólo por ti y por él,  
 con que almuerzas allí cada mañana.

¿Cuál sería el balance final de esta poesía de un tiempo y de esta poesía de siempre, de este poeta de un tiempo de España y de este poeta de siempre? Sin duda alguna, la originalidad, y no sólo por haber inventado un género poético. La crónica es relato y es tiempo, pero también es vi-

vencia en el tiempo y reflexión propia. Personas y lugares, pasión y entusiasmo, ironía, sarcasmo, ante la vida que transcurrió o transcurre en esta obra poética y cronística con su originalidad, con su emoción, pero también con su personalismo, subjetividad y peculiaridad. Se ha dicho que esta poesía es una poesía, más que lírica, épica, porque relata una historia en un tiempo; pero indudablemente no podemos olvidar que estamos ante poesía lírica de la más clara y pura, porque lo que más apasiona al lector no es la historia relatada en la crónica, sino el aliento poético, la emoción, el sentimiento que la historia evocada produce en el poeta, que es transmitido al lector, y que éste acepta y recibe. Y éstos son sus valores permanentes, tales son los logros que el lector actual y el lector del futuro hallarán en esta indeleble poesía, en este extraordinario artista que es y será siempre Fernando Quiñones.